

El Brasil del hambre espera que Lula repita las proezas del pasado

[Clique aqui para ver a notícia no site](#)

En los estados de Alagoas y Pernambuco un 70% votó por el nuevo presidente

Andy Robinson

Sentadas en la playa, algunas vestidas de bikini, hurgan en la arena mojada con los talones de los pies.

En Ipanema o Leblon, las playas chic de Rio de Janeiro, tal vez se trataría de una nueva moda de masaje estético. Pero estas mujeres son marisqueras en busca de almejas y berberechos. “Nos dan 30 reales (seis euros) el kilo sin incluir las conchas”, explica una de ellas, una joven madre que trabaja al lado de su hijo de 12 años. “Es duro... mucho dolor de espalda”, dice Josefa María da Silva, una marisquera de unos 50 años. Pero “el precio del arroz, la carne, todo, esta disparado (...) Yo trabajo el marisco desde que dejé la plantación de la caña de azúcar”.

Esto es Japaratinga, en la costa de Alagoas, en el noreste de Brasil. Son tierras de Lula, que nació a 180 kilómetros de aquí, en el estado vecino de Pernambuco, en octubre de 1945. Es uno de los lugares más pobres de Brasil, número siete en el ranking de pobreza de las 146 regiones brasileñas elaborado por la Fundación Getulio Vargas. El 64% de los habitantes ingresa menos de 100 euros al mes.

Las marisqueras ya dependen, más que nunca, de la cosecha del mar. Son proteínas vitales en el estado con más víctimas de hambre de Brasil desde las subidas disparadas de los precios de los alimentos en el 2021 y principios del 2022. El 36,7% de los habitantes de Alagoas ya padece niveles graves de inseguridad alimentaria, según la Red Brasileña de Soberanía Alimentaria. Pernambuco, por su parte, es donde más ha crecido la pobreza en los últimos años. Unos 33 millones de brasileños no tienen asegurado poder comer todos los días del año.

En Alagoas y Pernambuco han regresado los fantasmas de los años sesenta y setenta del siglo XX cuando, según Unicef, un niño moría de desnutrición cada 15 minutos. Millones de personas se dirigieron entonces en una fuga desesperada hacia el sureste y las favelas de las grandes metrópolis de Rio y Sao Paulo.

La paradoja de la vuelta a la presidencia de Lula es que esta nueva epidemia de pobreza y hambre, más que ningún otro factor, ha sido clave. El líder del Partido de los Trabajadores (PT) se impuso a Bolsonaro gracias al recuerdo de sus primeros gobiernos (2003-2010) cuando se implementó el plan Hambre Cero basado en el subsidio anti pobreza conocido como Bolsa Familia.

Entonces, 36 millones de brasileños salieron de la pobreza, muchos de ellos en estados del noreste como Pernambuco y Alagoas, donde Lula sacó casi el 70% de los votos el pasado 30 de octubre. “La memoria afectiva en el noreste creó un muro protector para el voto de Lula”, afirma el columnista pernambucano Carlos Moreira, radicado en Alagoas. En su primer discurso tras la toma de posesión el domingo, Lula repitió su mantra: “Mi misión solo estará cumplida cuando cada brasileña tenga tres comidas al día”.

Unos 33 millones de brasileños no tienen asegurado poder comer todos los días del año

Las familias de marisqueras tal vez estaban en la mente del nuevo presidente cuando se echó a llorar durante un discurso deis días después de su victoria electoral el pasado 30 de octubre. “Pensábamos que habíamos resuelto el problema del hambre, pero no fue así”. Tal vez eran las lágrimas de un político profesional. Pero también es probable que fueran las de un hombre de 77 años que recordaba su infancia.

La infancia de Lula, que nació en una casa de adobe en el municipio de Caetés, el séptimo de ocho hijos, fue una batalla diaria contra el hambre. “Yo nací en Caetés y comí pan por primera vez a los siete años” dijo el nuevo presidente durante una visita a su pueblo de origen el pasado mes de julio. “Fui a Sao Paulo a los cuatro años para no morir de hambre”, recordó.

Los problemas para comer a diario de la familia se había vuelto críticos meses después de que Lula naciera, cuando su padre, Arístides, se marchó a Santos, el puerto de Sao Paulo, con la prima de su mujer, de solo 16 años, a la que había dejado embarazada.

Cuando Lula cumplió cuatro años, su madre, Dona Lindu decidió seguir los pasos de su marido y llevó a siete de sus hijos en un viaje de 13 días en autobús hasta Sao Paulo. Se instalaron en un piso en la misma calle que el padre, estibador, que asumió la responsabilidad de dar de comer a los ocho hijos que había tenido con Dona Lindu y los diez que tendría con su nueva pareja. Arístides iba al puerto en traje y con un periódico debajo del brazo pese a que no supiera leer.

Pero la doble personalidad del padre intensificó la crisis familiar, según cuenta Fernando Morais en su nueva biografía de Lula. Mientras trabajaba horas extra cargando café para darles de comer, disfrutaba atormentando a los niños. Una vez prefirió dar de comer al perro de la casa que a una hermana menor de Lula -de solo dos años- que lloraba de hambre. Cuando Dona Lindu finalmente anunció que se llevaría a la familia a otro distrito, Arístides desplegó el arma del hambre: “Los intentó chantajear gastando todo su sueldo en carne seca, bacalao y pan dulce para todos”, escribe Morais.

Lula solo se escaparía definitivamente del hambre (y de su padre) gracias a una plaza en el curso del programa publico Servicio Nacional de Aprendizaje Industrial, lo cual le dio entrada como trabajador metalúrgico en las sindicalizadas fabricas del automóvil en las afueras de Sao Paulo.

¿Qué hará el nuevo presidente para cumplir su compromiso de que a nadie le falten tres comidas al día y que todos los brasileños vuelvan a comer carne? Por el momento, el plan principal es mantener el subsidio ya implementado por Bolsonaro de 600 reales al mes por familia pobre, al que Lula pretende añadir 150 reales para cada familia con hijos menores de cinco años en un nuevo programa de Bolsa Familia. 30 millones de familias se beneficiarán. Se reactivará también el programa de meriendas escolares, así como el control de los precios de los combustibles a través de la petrolera semi estatal Petrobras.

“Mi misión solo estará cumplida cuando cada brasileño tenga tres comidas al día”, dijo en su toma de posesión Mas allá de los subsidios, la cuestión será si el nuevo gobierno está dispuesto a fomentar un nuevo modelo de producción de alimentos. “En 2003 ingenuamente se buscó una convivencia de la agricultura familiar y la gran agroindustria; ahora hace falta una política estructural de producción de alimentos y respaldo al pequeño agricultor” dijo Rosa Amorim, diputada por Pernambuco del Movimiento de Trabajadores sin Tierra (MST). Con un poco de apoyo, hasta las marisqueras del nordeste podrían ser parte del plan -hay modelos en Galicia- de erradicar el hambre.